



## GLOSAS AL «QUIJOTE»

### El fondo del quijotismo

Cada loco lo es de su cordura; quiero decir que el loco disparata y desbarra en las cosas mismas que si estuviese cuerdo habrían de preocuparle, puesto que en rigor apenas se diferencian los locos de los cuerdos, sino en que éstos piensan las locuras de aquéllos, pero ni las dicen ni las hacen.

Hecha esta advertencia, vamos á ver cuál es el fondo de la locura de Don Quijote, y para ello me valdré de cuatro pasajes del perdurable relato de sus aventuras, como pudiera valerme de cuarenta y aún más.

«Rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento, que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así «para el aumento de su honra», como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándose, «cobrase eterno nombre y fama». (Cap. I de la primera parte.)

Aquí se ve bien claro que el fondo de su locura es lo que en otra parte, en mi novela «Amor y Pedagogía», he llamado «ergratismo», el ansia loca de inmortalidad, que si dudamos de persistir en espíritu, nos hace anhelar dejar siquiera «eterno nombre y fama».

Enloquecióronle al pobre Alonso Quijano sus lecturas de libros de caballerías, y dió en el desatino de querer andar en ellos, de que se escribiese la historia de sus aventuras, cobrando él así eterno nombre y fama. Y así vemos que al encontrarse en campo libre, en su primera salida, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿quién duda si no que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos...? y todo lo que sigue á esto. La misma obsesión le persigue en el curso de sus aventuras todas.

Cuando vencido por el caballero de la Blanca Luna se volvía á su aldea, á cumplir la penitencia que le había aquél impuesto, llegó al prado en que al ir camino de Zaragoza topará «con las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto», y allí propuso á Sancho que se convirtiesen en pastores, comprando algunas ovejas y «todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias», y llamándose él Don Quijote, el pastor Quijotiz, y Sancho el pastor Pancino, andarían por los montes y

selvas cantando y holgando. Y acaba diciendo que con ello podrían hacerse «eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos». (Cap. LXVII de la segunda parte.)

Bien se ha dicho que cada loco con su tema. Parece cambiar aquí Alonso Quijano de locura, pero el fondo de ésta permanece, pues si se metió á caballero andante para cobrar eterno nombre y fama, piensa convertirse en pastor arcádico para hacerse eterno y famoso, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos.

Y no dejaba el pobre Quijano el Bueno de conocer la maligna raíz de su locura, como vemos en uno de los más hermosos pasajes —para mi gusto el más hermoso— de su peregrina historia. Y es que cuando al verse en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora (Cap. LVIII de la segunda parte), topó con unos labradores que llevaban, para el retablo de su aldea, las imágenes, de relieve y entalladura, de San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, después de ponderar los méritos de estos cuatro caballeros andantes, agrega: «Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos, es que ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano.» Y añade estas preñadísimas palabras: «Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y abobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.»

En este instante de descenso á su cordura, muéstranos Don Quijote cómo tenía conciencia de la raíz de su locura. No soy de los que suponen que tenga la obra de Cervantes sentido alguno esotérico, ni que él se propusiera encarnar símbolos en los personajes de su historia, pero sí creo que nos es permitido poner tales símbolos bajo esos personajes.

Y para mí, Dulcinea del Toboso ha simbolizado siempre la gloria, es decir, la gloria mundana, la inextinguible sed de dejar eterno nombre y fama en el mundo. Y así el ingenioso hidalgo manifiesta, en un acceso de cordura, que curado tal vez de su sed de gloria, de renombre y fama mundanos, encamine sus pasos á la consecución de la otra gloria, en que le hacía creer su fe de cristiano viejo.

Y llego al cuarto pasaje, al de la sublime muerte del loco sublime, á cuando libre de las calliginosas sombras de la ignorancia, que sobre él puso su amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías, confiesa su pecado, confiesa su necesidad y el pe-





Ligro en que le puso el haber leído aquellos libros, y dejándose de cuentos que habían sido verdaderos en su daño, hace que los vuelva su muerte, con ayuda del cielo, en su provecho. Muere Alonso Quijano «arrepentido» de su locura, doliéndose de ella no como de la pesadumbre de una desgracia, sino como de un pecado; muere convencido de su culpa. Y pecado fué su locura, según su cristiano modo de sentir, porque arrancó de vanagloria, de atormentadora sed de renombre eterno, de erostratismo.

La sed de sobrevivir ahogó en Don Quijote al goce de vivir, goce que caracteriza a Sancho. La cordura de Sancho provenía de atenerse a esta vida y a este mundo en cuanto personalmente los gozara, y el heroísmo sanchopancesco—porque Panza es heroico—consistió en seguir a un loco, siendo él cuerdo, acción más de fe que la de seguir el loco su propia locura.

Grande fué la locura de Don Quijote, y lo fué porque era grande la raíz de que brotaba, ese inextinguible anhelo de sobrevivirnos, que es el manantial tanto de los más desatinados desvarios como de los más heroicos actos. Los mayores bienhechores de su patria y de sus prójimos han sido los que soñaron en eterno nombre y fama.

Pero es que hay dos clases de ambiciosos: los que tienen fe en sí mismos y los que no la tienen. En los que no tienen fe firme en sí mismos, la sed de notoriedad, ó cuando menos la fama y nombre, engendra la envidia y se produce el tipo triste del fracasado. Nada más lamentable que el Quijote, que no creyendo que sean gigantes los molinos, no se resuelve a salir al campo lanza al brazo y casco en cabeza.

Hay en la historia un tipo memorable de erostratismo, y es aquel Jerónimo Olgiati, discípulo de Cola Montano, que mató, ayudado de otros dos, á Galeazzo Sforza, el tirano de Milán. Olgiati, Lampugnani y Visconti, habiéndose reunido de noche en la iglesia de San Esteban, se conjuraron, y pidiendo ayuda á San Ambrosio, patrono de Milán, cuya imagen allí estaba, decidieron matar al tirano y luego lo mataron. Y al ir á ser ejecutado Olgiati en el cadalso, exclamó: «¡Animo, Jerónimo, que

se te recordará largo tiempo; la muerte es amarga, pero la fama eterna!»

Mas en ninguna parte he leído una expresión más concentrada, más viva y más poderosa de la raíz del quijotismo, del ansia loca de eterno renombre, que en un pasaje de uno de nuestros dramas, que es maravilla de concentración, de viveza y de poderío expresivos. Me refiero á «Las mocedades del Cid», de Guillén de Castro, en que al caer muerto en desafío Rodrigo Arias, exhala estas últimas palabras: «¡Muera yo! ¡Viva mi fama!»

Sacrificarse á la fama en vez de sacrificar ésta á sí mismo; hé aquí la esencia íntima del quijotismo y la raíz de la heroicidad. Podrá ser la vida sueño, pero yo que la sueño, yo no soy sueño, aunque nos diga Shakespeare que estamos hechos de la madera misma de nuestros sueños. Y no puede decir que muere el que al morir consigue que su fama viva.

Merece el trabajo que en ello se empleara el perseguir á través de nuestra historia española la obra del quijotismo y el ver cómo nos trae hoy á mal traer el que los que aquí pasan por más ambiciosos cifran su ambición toda en tener prestigio y poder mientras viven y en esta nuestra patria tan solo. Esto, y no otra cosa es el sanchopancismo, que se aquieta con el gobierno de la insula Barataria. Serán estos moderados ambiciosos más cuerdos que los ambiciosos desenfrenados, que los verdaderamente quijotescos, pero no debe la patria arrendarles su cordura.

A Alonso Quijano le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, es decir, de su fama, como para el servicio de su república hacerse caballero andante. Los mejores servidores de su república son los que más se cuidan del aumento de su honra, y cuanto á más ancho espacio y á más largo tiempo anhele uno que su renombre alcance, tanta mayor será la fuerza con que á su república sirva.

«¡Muera yo! ¡Viva mi fama!»

Miguel de UNAMUNO.

